

FRAGMENTO DE UN DISCURSO
EN ELOGIO DE SANTO DOMINGO

Y no sabe bien el mismo señor Billini el placer que me da, y el agradecimiento en que me deja, cuando me invita a sacar, de estos labios míos endurecidos y apretados por un estéril destierro, palabras en la fiesta que el cariño de sus compatriotas consagran a este ilustre dominicano.

Vivía yo algunos años hace, bregando como siempre por el ensanchamiento del espíritu, y la afirmación y... de la luminosa alma de América; vivía yo hace algunos años, ya en las postrimerías penosas de la guerra de mi patria, con todos sus dolores despiertos como leones en mi pecho, y todos sus héroes andándome, con sus plantas de luz, sus manos abiertas suplicantes y su corona de espinas ensangrentadas a le espalda; vivía yo sobre ortigas encendidas, como se vive siempre lejos del país propio, en la lejana capital de Guatemala, de aquella tierra que ostenta en sus selvas y en su escudo, el quetzal de plumaje esmaltado y alma fiera que, cuando pierde la libertad, hunde la cabeza y muere: bien así como Santo Domingo indómito, ese pueblo quetzal. Y allá en Guatemala me enseñó un buen cubano, una noche en que apretada la garganta y secos los ojos, hablábamos de las glorias y desdichas de nuestra tierra, una carta en que el caballero Luperón explicaba, con ese cariño por las causas débiles que es dote exclusiva de las grandes almas, explicaba humilde y tiernamente los impulsos que le hablan movido a tributar honras fúnebres a aquel cubano de espíritu templado a fuego sobrenatural, a Ignacio Agramonte. Me puse en pie, como si Luperón estuviese delante de mí, a apretarle las manos; le di asiento en mi corazón, donde se sientan pocas gentes, y contraje con él una deuda de ternura y afecto que le pago esta noche.

Gracias, dominicano generoso, en nombre del muerto. Gracias, hombre de juicio sereno y corazón...

Abomino los odios fanáticos, tanto como amo los corazones generosos. La libertad de mi patria, quisiera verla surgir de entre alas, no de entre charcas de sangre; pero a mi tierra la llevo en el alma, como a una hija querida, y a quien me ha admirado y consolado a mi tierra, y dado favor y cariño a sus hijos, a raudales le doy esta alma mía, para que haga con ella lo que quiera, ya que ella es tal que no dejará nunca que se haga de ella nada malo, y en un abrazo que no se acaba, aprieto a mi corazón al hombre generoso que puso una corona de sus flores libres en el ataúd de nuestros muertos, y dio amparo y calor en sus horas de desdicha a estos otros muertos, ¡los desterrados!

Tiene el mundo dos razas: parecida a los insectos la una, la de los egoístas; resplandeciente, como si en si llevara luz la otra, la de los generosos. Los unos lo sacrifican todo: patria, amistad, estimación, hasta estimación de sí mismos a su beneficio y contentamiento; los otros, aunque en las horas de sosiego puedan pagar tributo a los apetitos y flaquezas de la naturaleza humana, cuando la hora del atrevimiento y la grandeza suena; cuando el honor humano o el honor patrio están en peligro, como arrebatada el viento una paja, se sacuden de los hombros todas las

preocupaciones, conveniencias o intereses que puedan estorbarla, y alegres como águilas libres, se arrojan apretadamente a la pelea, camino de la luz. La vida les es grata; pero no con el pensamiento en cepos, las miradas medidas, las mejillas abofeteadas, los afectos en disfraz, toda el alma en bochorno. Y para gozar de la vida, que sólo es amable cuando es noble, se decide a conquistarla. ¿Necesitaré decirlos, señores, que tenemos delante a uno de estos hombres desinteresados, que ha pagado con su propio cuerpo el precio de su libertad, y con sus propias manos ha desembarazado de su vestido de hierros a su patria, y vuelto a sus llanos apacibles, a sus montañas ilustres, a sus tupidas espesuras aquella ingenua luz de pueblo nuevo que brilló sobre los vestidos de colores de los infortunados caciques de Jaragua?

Ni sería fácil contener la profunda alegría que un detalle, que era antes una ignominia, debe inspirar aquí, y fuera de aquí, todos los corazones. Ved el color del rostro de nuestro huésped, y ved el nuestro. Ved por encima de nosotros, como una paloma hecha de estrellas, la luz de la esperanza. Todos los hombres de bien, cualquiera que sea su color, son hombres blancos: no hay ya más hombres de color, aunque sean blancos, que los egoístas y los necios. Un potentado estéril, un hijo vagabundo de casas titulares, un galancete empolvado, una vulgar persona, que se labra sus rentas y las consume pacíficamente ¿serán más estimables, por venir de las razas glaciales, donde ni las almas ni el sol brillan, que aquellos hombres bravos, inteligentes y virtuosos que llevan todavía en la tez el color casual de las razas apasionadas que el sol tuesta? Y qué brazo tan fuerte, qué virtud tan segura, qué piedad tan grande no necesitan tener los hombres de color para abrirse paso por entre tantas resistencias y preocupaciones, sólo para los que las alimentan vergonzosas. Por lo mismo que la hemos ofendido y descuidado tanto, y reducido a la miseria espiritual de que hijos ilustres la están ya redimiendo, por lo mismo debemos apresurarnos con las manos llenas de bálsamo y el corazón henchido de ternura, a curar las heridas y dirigir con cariño la raza negra en sus extravíos, como los padres desamorados que oyen al fin la voz de la naturaleza, disculpan y soportan con paciencia los errores necesarios de los hijos que abandonaron, en el nicho de una pared o en el umbral de una puerta, al capricho del destino.

¡Las puertas del alma se abren de par en par a la raza que estuvo en prisiones y ya vuelve! El banquete humano estaba solitario, porque por la fuerza y por la iniquidad quedaba fuera el más adolorido de los comensales. Tierra pequeña es la República Dominicana, pero tierra grande. Ella reconoce y practica el derecho, a pesar de sus convulsiones y rivalidades de pueblo naciente, con una generosidad, firmeza y sencillez que deben captarle el aprecio entusiasta de los que no reservan sus celebraciones para aquellos que pueden remunerárselas con intenciones y provechos, ni procuran en la vida más gloria, que el gozo de ver brillar en toda su pureza el astro humano.

Yo no sé qué simpático atractivo y no sé qué fraternales impulsos, me llevan a mirar como mías propias las bravuras, padecimientos y esperanzas de la tierra dominicana. Hija favorecida me parece de América, que no escribe poemas, pero los hace; que recogió de sus dominadores unas cuantas ruinas, y aposentados en ellas como búhos los odios de raza, está amasando con ellas a toda prisa un pueblo; que ha advertido que la condición de la felicidad es el trabajo, la libertad del individuo la condición de la libertad de la República, y el dominio íntegro de su territorio, ni

participado, ni hipotecado, la condición de su ventura actual y su grandeza futura. Yo no sé si será porque el aire de los pueblos se nutre, como del aroma de las flores, de las almas de los que en ellos batallan y padecen y con amor de padre vagan luego en la atmósfera, descendiendo y filtrándose en sus hijos con los rayos del sol que lo despiertan al trabajo o con la lluvia benéfica que se lo remunera. Y así se habrán mezclado en sus vidas aires de las almas de Santo Domingo y de las de Cuba. Que será, no lo sé; o no será, no lo sé, a no ser que sea ese placer de ver crecer y acreditarse en todas partes del Universo al ser humano, y alcanzar triunfos que parece que están por encima de las dificultades que le cercan; pero cuando lo que fue y lo que es veo y lo que va a ser, me parece que miro a aquel delicado niño Guarocuya, que con tan suaves y serios colores pinta el señor Galván en su Enriquillo... en que se mira el sol con regocijo.

Y acá tengo, sentado frente a mí, al que en aquella tierra ha alcanzado influjo y poder bastantes para hacerle mal y mucho bien y ha preferido hacerle bien. Es mucho más grande que un tirano el que no ha querido serlo. La luz de la libertad lo viste. El amor de un pueblo lo acompaña. Le sigue por todas partes la admiración de los hombres honrados. Honor, señores, a la tierra de Santo Domingo porque no admite déspotas, y al General Luperón, que con tales hijos suyos siente amor de madre celosa y arrebatada por su patria.